
Ensayos peligrosos

Tiras de nuevo al viento

*Tiras de nuevo al viento
la carta de suicida, se la lleva.
¿Qué confesión oculta en clave has olvidado?
Vas por ella, ya es tarde,
una ráfaga llega, la arrebató:
imposible atraparla, huyó con vida.
Con dignidad, entonces,
con un aplomo cínico,
te vuelves a sentar sobre los vértices,
mágicos prismas de las vivas rocas
traslúcida belleza de los días.
Muy abajo, los árboles vestidos
de refulgente escarcha.
Muy abajo, los charcos, casi quietos
un espejeo de imagen fragmentada, azulosa
sobre aquel campo helado
de cieno de azul-ocre que se irisa.
Te instalas sobre un vértice, te clavas
y ya eres algo erguido, el eje exacto
—núcleo donde convergen y se cruzan—
los cuatro puntos cardinales. Miras
y como el mar, el horizonte creas.
Pero tu carta vuela ¿habrá caído
sobre el regazo en paz de la inocencia?
O quizá esté apresada entre los dedos
nerviosos para nada,
de la más circunspecta estupidez
Tal vez en la veleta gire, gire
de alta espadaña
donde quedó enganchada mi ala suelta
de humillado papel.*

O se irá destintando ya en un charco.
Sí, se irá destintando; titubeos,
el rostro se te aniebla, el yo se opaca.
Mas ya otra vez erguido. Apelas conexiones
Notas cómo la fuerza de gravedad invertida:
los imanes celestes: dulce terror en vértigo.
Te sientes «mecanismo» del planeta,
un ente erguido y solo, siempre atento,
detector y emisor, eco vibrante.
Las yemas de los dedos más sutiles
se imantan por pulsar las confluencias
de los rayos que el cosmos a nuestro mundo envía
reactivos sobre el Todos, sobre el Todo.
Agudas, penetrantes, sus agujas
se clavan en tu mano;
se crispa algo, la abres
y la palma, magnética y suave
aguanta la corriente.
Voltios inconcebibles,
punzón de escalofrío. ¿Pero dónde?
¿Dónde estará la carta de suicida?
Ya se marchó aquel viento, portador para siempre
del amor más cercano, del humano terruño.
Ya estás solo, eres solo detector de señales.
Hipnotizado de constelaciones,
mimado, enamorado
del fulgor de una estrella,
que te anega en la noche en un secreto
hasta arrancarte el llanto.
La potencia de amar nunca se pierde
aunque el único objeto
del amor sea ya un astro, quizá muerto.
Tu carta es «no» rotundo, mas tú sabes
que todavía tus ojos, desde dentro
acarician rebaños
de blanduras angélicas.
Pero son utopías,
nacen de tu mirada en el crepúsculo.
Concéntrate en silencio, siente sólo
un amor ya tocado de infinito
sobre el trajín del Todo, que en variedad fluctúa.
Lograste suavemente
despojar ya de anécdotas
concretas el amor, mas no pudiste,

arrancar de tu entraña la potente
capacidad de amar...
¿Qué confesión oculta hay en clave en la carta?
El suicidio pervive, mientras la carta vuela
en un rastro humillante
del ala más mendiga, pues su impulso
no tiene validez de sangre pálida.
Y no puedes dormir ¿la traerá el viento?
pero no importa, te vas transformando.
Ensimismado rostro,
luz lunar en un óvalo sensible y con memoria
que vive sobre un cuello. Pararrayos:
erguida tu figura en el planeta
el aire te constela, aguantas, vibras
Ya no intentas buscarla
pues tu amor se hace abstracto, aunque caliente.
Sabemos, que además,
una tarde de viento
vertiginoso y ávido
rodará hasta tu sombra la carta de suicida
(como un perro que espera espirar lentamente
cuando encuentre a su amo)
Rodará hasta tu sombra
ya manchada con barro de la muerte.
No la leerás, lo sabes,
la enterrarás y encima, pondrás lilas piadosas, no un puñado
de racimos de lágrimas, ya es tarde.

Legendario femenino

Lagunas de turquesa.
Inmóvil es el aire,
el silencio: horizontes nacarados.
El suelo no pisado, sueño-suelo
dulce y amenazante:
ésta es la roca
de cristal azul-blanco,
tal vez de hielo, transcendido impávido.
Esta es la roca.
Es el confín...
el que a verlo se llega
le cerca en un anillo
la soledá absoluta.

*Aurea, mágica niebla.
Una gaviota inmóvil
posada en el picacho
se alimenta, su pico
succiona una sustancia
que la vuelve traslúcida.
Nadie pasa este círculo
prohibido, nadie pasa.
Y sin embargo, su ladera helada,
su fulgor de zafiro
imprime en el cerebro la certeza
Y mientras va alejándose
de la roca cautiva,
oye un llanto tenaz y delicado;
es el llanto más triste,
llanto de la leyenda.
Una mujer que se deshizo en nube
de soledá absoluta
por propia voluntad.
El amor delicado, más sutil, sin objeto.
Una mujer o «algo»
que se convirtió en nube
y la nube fue ser: se hizo leyenda.
Llanto de la leyenda, llueve, llueve
sobre la roca virgen
sobre roca innombrable.
La del pánico helado más bello e impoluto
que puede convertir al que se acerca
en una criatura
de niebla ambigua, espectro nacarado.*

Ensayos peligrosos

A Jacques Comincioli

*Ya comienza la sombra interior a espesarse.
Sólo afecta al principio a un pequeño fragmento
de la integridad, sólo, pero el proceso avanza.
Ya comienza la sombra interior a espesarse.
Un lastre de pez negra rezuma de los pies;
cada paso que dan
cavan la sepultura de una rosa morada.
Decapitado impulso: segada flor del grito.*

*Una estrella radial gotea lágrimas rojas
sobre inocentes parques.*

*Brumas de la paciencia,
esparcen sus alientos, son celajes
y emigran por ventanas que navegan
hacia la claridad.*

*Brumas de la paciencia;
os quedáis atrapadas otras veces
muy dentro de la nuca,
que es la afelpada jaula algodonosa
donde duerme una larva siempre inquieta.*

*Es inútil la espera, al fin, al fin,
no da un paso la silla;
mas yo sé que hay temblor en su madera impávida.
Pero no se decide a dar el paso,
sus patas no se mueven.*

La norma no se rompe.

*Una presencia eléctrica se aleja.
Un zig-zag de azul turbio, penetrante.*

*La firmeza se esconde, se refugia
en las tripas de todos los relojes.
Su semen acelera mecanismos.
Sólo eso, mecanismos, ¡oh firmeza!
En los huecos de muros, en todos los buracos
o en las axilas frías del pensamiento,
la timidez incuba,
abuecando su ser, agazapando
todas sus replegadas alas grises,
rencores y ternuras.*

En su calor ambiguo, ¡cuánta fiebre!

*El frío penetra simple, va temblando.
La habitación se llena
de una noche lejana ya en el tiempo,
cuando era el tiempo Templo.*

*¡Ay, mis fetiches, todos se desprenden!:
ángeles de alas rotas, trozos de ébano
de bastones de mando,
piedra filosofal.*

*¡Ay los fetiches, se van desprendiendo!
Y esto es lo que compone la integridad,
las pátinas secretas.*

*Salen, se salen porque se abren grietas
en la carne del ser.*

El revés de la piel en sangre viva;

*y se ha vertido
un chorrito de luz.
Escuetos y ya solos.
Ya sólo sois objetos, mis fetiches,
como recién paridos.*

*Yo soy una escultura que se encorva,
he olvidado el mandato
de mi Pigmalión.*

*La habitación se llena
de una noche lejana ya en el Templo del tiempo.
Y pienso que esta noche ya no existo.*

*Ya es mi cuerpo una sombra negra, grávida.
Gangrena de la sombra.*

*Ya estoy en dos mitades: rotundamente blanca y aérea y desprendida;
rotundamente negra, opacamente densa;
como un gran sueño de humo compacto que viaja
a través de un espacio que no preví jamás.*

*Sueño de humo que busca
algún cerebro vivo de cualquier caminante
que erró mucho y descansa.*

*Quiero ser yo su sueño,
meterme en él un rato
y ser su pesadilla informe, que proclama
el ser de un «no sé que» definitivo.*

Aguilas del amor

*¡Qué tienes tú que ver
con las aves en cruz de los brazos abiertos!
Aguilas del amor que navegan espacios.
Los brazos poderosos como pájaros míticos,
que vuelan penitentes
(el vigor constructivo inquebrantable).
Fuertes, auxiliares.*

*Ved su cortante vuelo peregrino
por atmósferas rojas.
Hendiendo tempestades, rescatando
a niños paranoicos,
que se creyeron ángeles, subieron
(alas de remolino de una ilusión endeble coloreada)
a un cielo de oquedad, gimen vacío.*

*Y ya iban a caer
a un limbo de sarcasmo.*

*Sus caras tan redondas
de mejillas infladas,
como gráficos vientos de barrocas
cartografías azules.
¡Oh locos querubines de alas de papel rosa!
Los brazos voladores
¡Con qué amor os detienen la caída!
con qué amor os contienen: ya dormidos.
Qué digno es vuestro sueño, la ternura
de una gota de azar en vuestros párpados
¿Volveréis a nacer?
¿Sonreís al infinito en vuestro sueño?
Los brazos surcadores, cósmicos, del amor
por los espacios.*

De paisajes torturados

*El charco
morado de la locura:
en él
como último recurso ávidamente
alguien se obstina en contemplar su rostro.
Pájaros verdinegros se beben el ocaso
bermejo con fruición;
caen de sus picos las purpúreas gotas.
Sobre el pantano hirviente ululan, vuelan
histéricos agobios:
«algos» que no están hechos del todo, de gris sucio
con sus endebles alas de larvas que no cejan.
Flores turbias, ofidios
ágiles, empinados las succionan.
Estelas de martirios color fuego
se emancipan: ¡ya seres del espacio!;
se cuelgan enredándose
en los negros follajes de árboles-centinelas.
Eléctrico azul-noche de rencor submarino,
el bello resplandor perverso más velado.
¡Sarcasmo prematuro!:
sibilino se siente el fuego fatuo dentro,
en los huesos cubiertos por la sangre más viva,
y se quema, se quema la carne más profunda.
Audaz carne que un día calentó raíz de muerte.
El núcleo inteligente de la médula, seriamente sonríe.*

*De pronto entre el rocío, plateada,
la gota de veneno.
Ved dentro de la luna, ved la sombra
de un hombre agazapado.
Intimo candelabro, lámpara de mis siete
fuegos fatuos pre-vistos, ya sentidos,
esta noche en que vivo el infinito.
Me alumbras, ahora puede escribir mi sentencia.
Para siempre.*

Suelta todo el valor acumulado

*Pero antes de romperte de nuevo en lo diverso.
De saltar en mil chispas de luces como sangre.
De gritos vomitados en mudez destructiva.
De espejos que se rajan suavemente,
suelta todo el valor acumulado
que hay en ti y en tus lunas ancestrales.
Levanta la mirada, atrévete y contempla:
alrededor de ti, tu condena fulgura
en anillo, sin límites.
La nieve del abismo te rodea.
Las flores de la nieve, su tejido
de la más pura y bella geometría.
El silencio y helor.
¡Es la nieve, es la nieve de los campos abstractos!;
de ignoradas planicies de inéditos planetas.
Este blancor que borra; refulgentes
helados precipicios de la nada;
—porque la «nada» es algo, oigo su eco—
donde zumba el Vacío
—porque el Vacío retumba, «No» del sueño—.
(Oquedad de un caer dulce al infinito).
Ni siquiera tus dedos, que se alargan, se hielan.
Se deslíen, se funden en el blanco,
se licuan en blancor.*

ELENA ANDRÉS
Paseo de Santa María
de la Cabeza, 92, 8.º D
28005 MADRID